

*Una lectura con juegos
para descubrir a los clásicos*

Drácula, el vampiro de Transilvania

Jorge M. JUÁREZ

*Una lectura con juegos
para descubrir a los clásicos*

Drácula, el vampiro de Transilvania

Jorge M. Juárez

Ilustraciones de
David Ouro

EN LA MISMA COLECCIÓN

Anne-Catherine VIVET-RÉMY

Agamenón y la guerra de Troya
Los viajes de Ulises
Los trabajos de Hércules
Edipo
Rómulo y Remo
Lanzarote y los caballeros de la Tabla Redonda
Teseo y el Minotauro
De Apolo a Zeus

Béatrice BOTTET

Isis y Osiris

Bruno DOUCEY

Moisés

Brigitte ÉVANO

Erik y Harald, guerreros vikingos

Florence LANGEVIN

Sherezade y las Mil y Una Noches

Anne-Marie ZARKA

Julio César y la guerra de las Galias

Magali WIÉNER

Jasón y el vellocino de oro

VALPIERRE

El cantar de Roldán

Josefina CAREAGA RIBELLES

Boabdil y el final del reino de Granada

Jesús Maire Bobes

Tirant lo Blanc

Jorge M. Juárez

El Inca de Cuzco

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© Jorge M. Juárez, 2011

© de las ilustraciones, David Ouro, 2011

© Ediciones Akal, S. A., 2011

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 91 806 19 96
Fax: 91 804 40 28

www.akaleducacion.com

ISBN: 978-84-460-4919-7

Sumario

	<i>Páginas</i>
I.– El príncipe Vlad	5
II.– Jonathan Harker.	14
III.– Mina y Lucy	24
IV.– El castillo de Drácula	32
V.– Renfield	41
VI.– El espejo	52
VII.– El barco fantasma de Whitby	62
VIII.– Van Helsing	72
IX.– Mina y Jonathan.	83
X.– La hermosa dama	91
XI.– Nosferatu	101
XII.– La abadía de Carfax.	108
XIII.– La sed del vampiro.	117
XIV.– El viaje a Transilvania.	125
XV.– El crepúsculo	133
Soluciones a los juegos	143

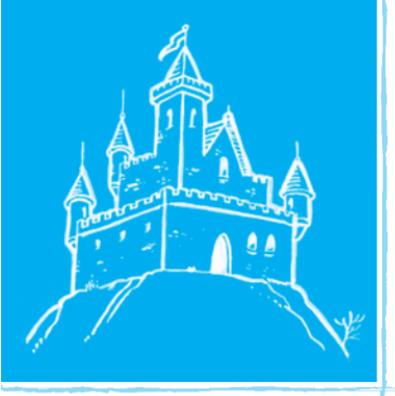


Los *héroes clásicos* continúan apasionando a los jóvenes y a los adultos: sus aventuras, al mismo tiempo que dan a conocer las culturas antiguas o medievales, nos muestran de nuevo, de un modo simbólico, todas las situaciones típicas de la condición humana.

La colección *Para descubrir a los clásicos* permite descubrir a los jóvenes los grandes mitos que son el origen de nuestra cultura, y las epopeyas históricas de las grandes civilizaciones del pasado. Los libros presentan *textos originales* divididos en breves episodios ilustrados, fáciles de leer y completados con páginas de *juegos y documentación*.

Estas páginas permiten al joven lector:

- comprobar la *comprensión del texto* a partir de preguntas simples pero fundamentales sobre la acción, los personajes y el sentido de las palabras importantes;
- memorizar el *vocabulario* respondiendo a las charadas o resolviendo los crucigramas;
- hacerse con un *caudal de conocimientos culturales* gracias a la gran cantidad de informaciones relacionadas con la civilización, la cultura o el contexto histórico en el cual se inserta el relato.



El príncipe Vlad

Targoviste, Rumanía. Año 1476

LA MEDIA NOCHE estaba a punto de caer sobre el castillo del príncipe Vlad Drácula cuando dos mensajeros se presentaron ante el gran portón de entrada. Los vigías del castillo los reconocieron rápidamente y, tras asegurarse de que nadie los había seguido, dieron la orden de abrir. Mandaron avisar al príncipe, que seguro estaría ansioso por conocer las noticias que traían los dos heraldos.

Drácula gobernaba el reino de Valaquia, vecino de Transilvania y parte de lo que hoy conocemos como Rumanía. Desde hacía varios años mantenía una guerra con el Imperio otomano de Constantinopla, cuyos ejércitos avanzaban imparables conquistando todo lo que encontraban a su paso, entraban en las ciudades y convertían a sus habitantes en súbditos del emperador Mehmet II, el sultán de todos ellos. Cuando llegaban los soldados otomanos a caballo portando sus sables, todos sabían que no quedaba más opción que rendirse.

Sin embargo, por más que Mehmet II enviara tropas a combatir en numerosas ocasiones, el reino de Valaquia había resistido hasta entonces. Se libraron feroces batallas durante los últimos años y muchos soldados murieron en ambos bandos. El número de prisioneros fue enorme. El emperador otomano atacaba sin piedad a los valacos una y otra vez, pero a pesar de todo no consiguió entrar en el

castillo de Targoviste ni capturar al príncipe Drácula. Era cuestión de tiempo que el Imperio otomano enviase un ataque final más grande, por eso, Vlad Drácula mandó a dos hombres a espiar sus movimientos en Constantinopla.

Sentado en su trono, pensativo, con su armadura puesta y sus largos cabellos oscuros cayendo sobre ella, el príncipe Vlad esperaba en un gran salón de piedra. A través de sus pequeñas ventanas podía ver la luna llena iluminando las torres del castillo de manera fantasmagórica. Era un hombre que defendía a los suyos, pero que se mostraba extremadamente cruel con los enemigos; tenía fama de sanguinario y por eso era temido en toda Europa: muchas leyendas hablaban de él como el hijo del mismísimo demonio. Las personas en los pueblos de Valaquia contaban cómo castigaba Vlad a los ladrones: los descuartizaba y obligaba a sus familiares a comérselos. Se decía que cuando el príncipe ganaba una batalla se bebía la sangre de los vencidos para quedarse con su vida y ser así inmortal. Nadie había visto semejantes cosas, pero mucha gente aseguraba que estos terribles hechos eran ciertos. Por todo esto, cualquiera que se presentase ante Drácula no podía evitar temblar de miedo. Sus ojos tenían una mirada muy profunda y su voz era grave y pausada. Los que estaban con él lo temían, pero se sentían afortunados por no tenerlo como adversario.

Cuando los dos mensajeros llegaron ante el trono hicieron una reverencia. Tenían cara de estar exhaustos, con grandes ojeras y sus armaduras sucias y llenas de golpes y cortes. Estaba claro que no habían dormido en varios días.

—Señor —dijo uno de ellos—: le pido que disculpe nuestro aspecto. Quisimos ir a limpiarnos un poco, pero las noticias que traemos son muy urgentes.

—No debéis disculparos —dijo el príncipe—. El aspecto que tenéis es el que corresponde a los soldados. Ahora decidme, ¿qué noticias me traéis?



Los dos mensajeros se miraron, temerosos de hablar ante Drácula. Uno de ellos dio un paso al frente, pero no pudo articular palabra. La sola presencia del príncipe Vlad les aterrizaba.

—¡Hablad, malditas ratas! —ordenó Drácula, que estaba perdiendo la paciencia. Los dos hombres dieron un paso atrás, más asustados aún. Finalmente, uno de ellos reunió el valor necesario y dijo:

—Señor, lo que hemos visto es terrible. Un ejército inmenso se acerca hacia aquí.

—¿Cómo de inmenso? —preguntó Drácula.

—El mayor que yo haya visto jamás. Más de cien mil hombres, doscientos mil, quizá, vienen arrasando todo lo que encuentran a su paso. En Constantinopla dicen que no pararán hasta someter Valaquia y... —El mensajero se quedó callado, temiendo terminar la frase.

—¿Y qué más? —quiso saber Vlad.

—Y cortar la cabeza del príncipe Drácula, señor.

Vlad miró fijamente al soldado y, de pronto, soltó una si-niestra carcajada. Su risa, tenebrosa, pudo escucharse durante un largo rato en todas las estancias del castillo.

—Escuchadme —dijo—: esos malditos deben estar locos si piensan que van a poder conquistar Valaquia. No ha nacido aún el hombre que pueda acabar conmigo y si alguno es capaz de matarme me levantaré cada noche de mi tumba para beber su sangre. Ese ejército que envía el sultán es el mayor error que ha cometido en su vida.

—Señor —preguntó uno de los mensajeros—, ¿no vamos a rendirnos?

Vlad le lanzó una mirada que le hizo estremecerse.

—No, soldado —dijo mientras se incorporaba y empezaba a pasear por el salón—, no vamos a rendirnos. ¿Cuándo pensáis que llegará ese temible ejército?

—Si se dan prisa estarán aquí mañana al atardecer, señor.

—No hay tiempo que perder entonces. Quiero que despertéis a todos los habitantes de la ciudad. ¿Cuántos prisioneros otomanos tenemos?

—Unos veinte mil, señor.

—Bien —dijo Drácula mirando de nuevo la luna llena a través de su ventana.

Pensó durante un instante y volvió a sentarse en su trono. Miró a los dos mensajeros y dijo:

—Estas son las instrucciones: reunid a mi ejército. Quiero que mis soldados vayan casa por casa y recluten a todos; hombres, mujeres y niños, todos deben colaborar. Mandaré talar todos los árboles que vean y fabricaremos veinte mil afiladas estacas de cinco metros cada una. Deben estar listas al amanecer. Entonces, sacaremos a los prisioneros y los atravesaremos con ellas. Quedarán empalados delante del castillo, agonizando. Así, cuando lleguen las tropas del sultán, tendrán el honor de ver a sus compañeros por última vez.

Dicho esto, soltó una nueva carcajada que retumbó en todos los muros del castillo.

Cuando el ejército turco llegó, los generales y los soldados quedaron paralizados ante aquella terrorífica visión. A su alrededor, miles de hombres colgaban atravesados por estacas. Parecía como si estuviesen en el mismísimo infierno. Ninguno de ellos pudo avanzar y el ejército entero se batió en retirada.

De esta manera, Vlad Drácula mantuvo alejados a sus enemigos durante un tiempo; cuando se acercaban, repetía la misma escena cada vez más sangrienta: hacía empalar a los prisioneros aún vivos, que tardaban varios días en morir. En algunas ocasiones, se sentaba junto a los condenados y pedía vasos en los que bebía su sangre mientras los veía agonizar.

Fue tan grande el terror que causó Drácula que su fama traspasó fronteras. En otros países pensaban que era el

mismísimo diablo, o un enviado de los infiernos. Se decía que era inmortal.

Años después, Vlad Drácula fue atravesado por varias espadas. Los generales turcos le cortaron la cabeza y la llevaron al palacio de Topkapi, en Estambul, para que todos la contemplasen y se asegurasen de que estaba muerto. A pesar de verla colgada de las murallas, hubo quien siguió manteniendo que estaba vivo y que su fantasma seguía aún entre los hombres para alimentar su reino de terror. Fue así como nació la leyenda de Drácula, el No muerto.



Juegos

— I —

El príncipe Vlad



1 Prueba de lectura

Señala la respuesta correcta.

1. ¿Cuál es el nombre del Imperio que estaba en guerra con Valaquia?
 - a El Imperio persa.
 - b El Imperio bizantino.
 - c El Imperio otomano.
2. ¿En qué país se encuentra hoy la región de Transilvania donde vivía Drácula?
 - a Rumanía.
 - b Turquía.
 - c Bulgaria.
3. ¿Cuál es el nombre del castillo de Vlad Drácula?
 - a Terviste.
 - b Targoviste.
 - c Torreviste.
4. ¿Qué macabro plan lleva a cabo Vlad Drácula para persuadir a sus enemigos?
 - a Manda quemar a los prisioneros.
 - b Les clavan estacas para que el ejército enemigo pueda verles agonizar.
 - c Manda que les cuelguen en la horca.



Cultura general

De los países que aparecen a continuación, ¿cuáles limitan con la actual Rumanía?

- Hungría
- Grecia
- Bulgaria
- Serbia
- Austria
- Ucrania
- Alemania
- Turquía
- Moldavia
- Rep. Checa



Crucigrama

Uniendo las primeras sílabas de cada respuesta encontrarás el nombre actual de Constantinopla.

1. País báltico, al norte de Lituania y Letonia.
2. Instrumentos de percusión primitivos que se tocan con la palma de las manos.
3. País vecino de Rumanía por el Sur.

1.			
2.			
3.			

Palabra escondida:

--	--	--

Vocabulario

Sultán: esta palabra se utilizaba antiguamente para denominar a los reyes de algunos países islámicos, como Turquía o Marruecos. Proviene de la palabra árabe *sulta*, que significa «poder».



Documentación

— I —



Vlad Dracula

El personaje de Drácula está inspirado en una figura histórica real. Se trata del príncipe Vlad Dracula o Vlad III. Aunque nació en Transilvania, la región que gobernó fue Valaquia, que actualmente ocupa el sur de Rumanía. Cuando era muy joven pasó varios años recluso junto a su hermano en la corte del Imperio otomano, su principal enemigo. Eso le sirvió para familiarizarse con las costumbres turcas y aprender el arte de la guerra de los sultanes. Gobernó en tres etapas distintas durante los últimos años del siglo xv. Se enfrentó a los húngaros que le atacaban por el oeste y a los turcos que intentaban invadir Valaquia por el este. Durante un tiempo los mantuvo alejados castigando de manera sanguinaria a los prisioneros que capturaba. Por ello fue llamado Vlad Tepes, que en rumano significa Vlad, el empalador: Sus costumbres terroríficas se propagaron más allá de las fronteras de Valaquia y el miedo fue creciendo entre sus enemigos. Se ha dicho incluso que llegó a conocer al papa Pío II. Murió durante una batalla librada contra los turcos en el año 1476, pero su leyenda siguió viva algún tiempo más. En 1897, el escritor irlandés Bram Stoker se inspiró en su figura para crear la historia del conde Drácula, que se hizo famosa en todo el mundo.

El nombre de Drácula podría venir del latín Draco, que significa «dragón», ya que su padre era miembro de la misteriosa Orden de Caballeros del Dragón. Sin embargo, hay muchos que piensan que tiene que ver con la palabra «dracul», que es la que se utiliza en rumano para referirse al demonio.

Jonathan Harker

Londres. Año 1893

DESDE AQUELLOS TERRIBLES acontecimientos transcurrieron más de cuatro siglos. El nombre del príncipe Vlad desapareció de la memoria de muchos y sólo en Rumanía algunos recordaban la figura del temible príncipe. Por eso, cuando el joven Jonathan Harker recibió el encargo de visitar al conde Drácula no sintió temor alguno. Jonathan llevaba tiempo aprendiendo el oficio de abogado en una pequeña compañía de Londres. Su jefe, el señor Hawkins, lo hizo llamar una mañana de abril con urgencia a su despacho. Hawkins era un hombre corpulento de unos sesenta años. No tenía familia y por eso trataba a Jonathan como si fuera su propio hijo.

—Querido Jonathan —le dijo—. Hay un asunto del que necesito que te ocupes.

—Dígame en qué consiste y lo haré con mucho gusto, señor.

El señor Hawkins se levantó de su silla, se ajustó las pequeñas lentes y señaló un enorme mapa de Europa que colgaba de la pared.

—¿Ves este punto de aquí? —preguntó Hawkins poniendo el dedo sobre la zona de Europa central.

Jonathan asintió.

—Es una región de Rumanía —prosiguió Hawkins—. Se llama Transilvania y es conocida por sus magníficos bosques.